

EL ANUARIO COLOMBIANO DE HISTORIA SOCIAL Y DE LA CULTURA: UN ACONTECIMIENTO HISTORIOGRÁFICO*

Renán Silva

*Departamento de Ciencias Sociales
Grupo de Investigaciones en Sociedad, Historia y Cultura
Universidad del Valle*

Resumen:

Este artículo intenta mostrar algunas de las condiciones de surgimiento del Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. El autor sostiene que el ambiente intelectual de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, a finales de los años cincuenta y principios de los años sesenta, junto con la existencia de un académico e intelectual como Jaime Jaramillo Uribe, el principal impulsor del Anuario, fueron los hechos decisivos para la creación de una revista que ofreció nuevas orientaciones para la investigación histórica nacional.

Palabras clave: Colombia-Historia- 1960-, Historiografía, Publicaciones seriadas

Abstract:

The Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura: a historiographic event

This article tries to illustrate some conditions in which the *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* appears. The author affirms that intellectual atmosphere of Philosophy Faculty of the Universidad Nacional de Colombia, at the end of fifties and the beginning of sixties, together with the presence of the academic and intellectual Jaime Jaramillo Uribe, the major leader of *Anuario*, were the main issues for the creation of this journal. As well, the author asserts that the *Anuario* has been fundamental for new views in Colombian historiography.

Key words: Colombia - History - 1960-, Historiography, Serial Publications

*Este texto se benefició de la lectura y comentarios del Dr. Jaime Jaramillo Uribe.

*Los grandes acontecimientos no son ruidosos
son silenciosos como el vuelo de la paloma*

Federico Nietzsche

I.

En las páginas que siguen y a manera de un homenaje agradecido, pero escrito con alguna pretensión de objetividad, queremos presentar algunas consideraciones sobre el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* [en adelante ACHSC], concentrándonos de manera particular en el problema de la génesis y evolución de la revista, en lo que consideramos su primer periodo, que iría, en nuestra opinión, de 1963 a 1970, periodo que cubre sus cinco primeros números, los que fueron liderados de manera visible por el fundador del ACHSC, don Jaime Jaramillo Uribe, con la ayuda notable, durante algunos de esos años, de Jorge Orlando Melo, un discípulo de Jaramillo Uribe que llegará a ser no sólo un destacado historiador, sino el principal cronista y analista del proceso de renovación de la investigación histórica en Colombia.

La importancia del ACHSC para el cambio de rumbo de la investigación histórica en el país es un hecho aceptado y al parecer bien establecido, una de esas raras ocasiones en que una imagen, una representación social querida y compartida por un grupo, tiende a coincidir con lo que más o menos puede ser establecido por un análisis con alguna pretensión de objetividad.¹

Desde ese punto de vista nuestras reflexiones se alejarán del conocido y no siempre bien interpretado aforismo de Nietzsche según el cual el historiador se ocuparía siempre en contradecir. Es más, frente a cierta imagen establecida del origen y papel del ACHSC será muy poco lo que agreguemos, por fuera de alguna corrección menor acerca de los hechos y cierta ampliación documental, puntos sobre los cuales, por lo demás, no pondremos mayor énfasis.

Así pues, nuestro objetivo será entonces no el de contradecir una representación aceptada, sino más bien el de llevarla más allá de donde la han dejado otros comentaristas, pues, retomando la conocida expresión de Peter Burke, tratando del ACHSC no dudaremos en hablar de una “revolución historiográfica”², aunque la diferencia de medio intelectual y de contexto social redefinan los términos de nuestro acceso a la más reciente “modernidad histórica”, modernidad que no es, desde luego, ni por su contenido ni por su

¹ Germán Colmenares, “Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia” [1990], en *Ensayos sobre historiografía*. Bogotá: Tercer Mundo, 1997, p. 140.

² Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa* [1990]. Barcelona: Gedisa, 1993.

forma, exclusivamente francesa, de la misma manera en que ella no puede comprenderse sin atención a cambios exteriores a la disciplina histórica, cambios en las ciencias sociales, y sobre todo en la sociología, tal como fue el curso de ésta en Alemania y en Francia a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.³

En su reciente libro de memorias el gran historiador inglés Eric Hobsbawm ha indicado que la transformación del saber histórico en el siglo XX –una revolución radical, a pesar de todos los antecedentes que deben reconocerse y de todos los avances del conocimiento histórico desde la propia época de Herodoto- ha sido un proceso que cubre una buena cantidad de años, y que, por ejemplo, desde el punto de vista de su *difusión amplia*, algunas de las nuevas formas de hacer historia que tienen su origen y fueron distintivas de la Escuela de los ANNALES, no pueden fecharse antes de 1960, luego de los congresos internacionales de ciencias históricas de París (1950) y sobre todo de Roma (1955), en donde aparece por primera vez una Sección de *Historia Social*, enfoque que será sin duda básico en el horizonte del ACHSC, por lo menos hasta 1970.⁴

Desde ese punto de vista se podría aun matizar, precisar y ampliar la cronología, incluyendo los años posteriores en que se separa de manera unilateral la historia social y económica, a principios de la década de 1970 - como lo comprueba en el *plano local* el propio ACHSC- y los últimos años de esa década, en que ya es clara la irrupción de una corriente historiográfica nueva –la llamada corriente postmoderna- que discute dos de los pilares básicos sobre los cuales desde principios del siglo XX se había construido la ya “vieja escuela”, es decir, la existencia de criterios de objetividad que reenvían a una “realidad exterior” que puede distinguirse de aquella del “discurso” y la idea del análisis histórico como práctica científica (el análisis histórico como *relato verdadero*), dos elementos inscritos en el corazón del proyecto original de Jaramillo Uribe cuando funda el ACHSC, por lo menos

³ Citemos tan sólo un ejemplo. Es imposible comprender el sentido y la importancia del *Métier d'historien* de Marc Bloch, cuando no se le pone en relación con la sociología de Durkheim sobre las “representaciones colectivas” y los marcos sociales del pensamiento y la imaginación –incluso para mentir e inventar-. Al enseñarse de manera separada de la *matriz sociológica que lo organiza*, como en general ocurre en las escuelas de historia, el texto se convierte estrictamente en un manual de fórmulas.

⁴ Cf. Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* [2002]. Barcelona: Crítica, 2003, pp. 261-274, y “De la historia social a la historia de la sociedad” [1971], en *Marxismo e Historia Social*. Puebla: Universidad Autónoma, 1989, pp. 21-44. Sobre los avances tempranos del postmodernismo, tal como se expresan en la obra importante de Richard Price (*Alabi's World*), cf., también de Eric Hobsbawm, “Postmodernismo en la selva”, en *Sobre la Historia* [1997]. Barcelona: Crítica, 1998, pp. 196-204. Juan Friede en su presentación de la noción de “historia social” cita el Congreso de París de 1950. Cf. “La investigación histórica”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. III, No 9, 1964.

tal como lo indican de *manera práctica* los primeros cinco números de la revista. Pero en cualquier caso, una cronología más fina y detallada no pone en discusión el hecho mayor: el carácter temprano de la asimilación local de la “revolución historiográfica”, tal como esta asimilación se concretó en el ACHSC.⁵

Dos dificultades mayores, entre varias otras, debe enfrentar el breve análisis que queremos presentar. De un lado la determinación del *contexto necesario* para comprender la aparición del acontecimiento denominado ACHSC. De otro lado el problema de las *fuentes* necesarias para apoyar el análisis, cuando se ha elegido un tema de esta naturaleza y construido el objeto que le corresponde.

En lo que tiene que ver con el contexto necesario hay que decir desde el principio que tratar de entender la aparición del ACHSC como la creación exclusiva y voluntariosa de Jaime Jaramillo Uribe no resulta adecuado, a pesar de que debe aceptarse que sin su trabajo, y aun sin su *estilo*, el ACHSC no hubiera posiblemente existido, o en todo caso hubiera sido otra clase de publicación.

Pero establecer un contexto necesario, elemento constitutivo de la *operación historiográfica*, no es una tarea sencilla, sobre todo si distinguimos entre contexto y antecedentes—dos nociones regularmente confundidas, de la misma manera como se confunden “orígenes” y “comienzos”—y si tenemos en cuenta que es el objeto construido el que determina cuál es su contexto necesario. Desde nuestro punto de vista diremos entonces que el surgimiento y características del ACHSC no pueden entenderse a la manera de un “rayo en cielo sereno” (la “figura” de Jaramillo Uribe, figura que también debe ser históricamente comprendida), pero tampoco pueden ser remitidos tal surgimiento y características a generalidades del tipo “cambios de la cultura colombiana en la primera mitad del siglo XX”, “aparición entre los académicos del país de otra ‘mentalidad’” o —en otros ejemplos— “consecuencias tardías de la política cultural de la República Liberal (creación de la Escuela Normal Superior)”, menciones que son, en un caso, frases efectistas que escamotean la necesaria reconstrucción de los eventos singulares que producirían esa supuesta figura de conjunto (“el cambio cultural”, “la nueva mentalidad”), y en el otro caso, la mención de simples condiciones de posibilidad a partir de las cuales no parece fácil dar cuenta de la forma particular que puede haber

⁵ Sobre las ideas acerca de la historia como una práctica científica, como una definición temprana en la historiografía nacional moderna y como un tipo de saber ligado a las ciencias sociales, cf. Jorge Orlando Melo, “Medio siglo de historia colombiana. Notas para un relato inicial”, en *Revista de Estudios Sociales*, No 4, agosto 1999, p. 9. Una idea similar se encuentra en Juan Friede, “La investigación histórica en Colombia”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. VII, No 2, 1964, pp. 220-222.

asumido un acontecimiento singular. Así pues, a pesar de que en las páginas que siguen hagamos mención de algunos de los procesos culturales e intelectuales del país entre 1930-1950, el marco preciso en que trataremos de inscribir el surgimiento y consolidación del ACHSC será el de la década del 50 y primeros años de la década siguiente. Se trata pues de no volver a repetir ciertas condiciones de posibilidad ya conocidas, por lo menos en su enunciación general, y optar más bien por la mención y el examen de un orden de *eventos* al tiempo locales y puntuales, insignificantes cada uno de ellos considerados de manera aislada, pero que en su conjunto pueden haber organizado las condiciones que hicieron posible el acontecimiento.⁶

Es claro que el ACHSC, como cualquier otro acontecimiento, constituye un nudo en una red, red que nos parece ser, en lo inmediato, la propia Universidad Nacional de Colombia, y en particular su Facultad de Filosofía, lo que nos obliga a intentar la reconstrucción de múltiples hechos menudos, a veces fragmentarios y dispersos, que parecen constituir el *ámbito* preciso que permitió la aparición del ACHSC, o que conformaron un *marco* que, con cierta exterioridad, favoreció la aparición y continuidad de la revista, por lo menos en los años que van de 1960 a 1970. Muy poco nos ocuparemos de ese marco –un simple pie de página-, y algo más nos referiremos al ámbito, y como nuestro objeto no es simplemente el surgimiento del ACHSC, sino lo que denominamos su “primer periodo”, habrá que mencionar elementos de órdenes diversos: la administración de la Facultad, la formación de discípulos, los planes de estudio, el ambiente de discusión, etc.

En relación con las fuentes que pueden hacer posible este primer acercamiento hay que decir que, en apariencia, la primera de ellas debería ser el propio ACHSC. Sin embargo habría razones para dudar de esta afirmación. En primer lugar porque un análisis construido de manera exclusiva teniendo como referencia principal el ACHSC –sus ejemplares- corre el riesgo de encerrarnos en el propio “tejido documental” de la revista, a la manera de los análisis “internalistas”, olvidando que lo que el lector tiene al frente es ante todo un *resultado*, que de alguna manera oculta los elementos que lo organizaron. En segundo lugar, y esto resulta central en un análisis, porque el ACHSC, muy en el estilo de Jaime Jaramillo Uribe, nunca fue una revista “parlanchina” dada a producir manifiestos y declaraciones programáticas sobre la tarea historiográfica que se proponía enfrentar, a la manera como, en otro terreno –el de la política y la literatura-, lo habían sido algunos años antes revistas o proyectos editoriales de intención renovadora como *Mito*, o como algunos años más tarde sería el caso de los menos renovadores *nadaistas*, ejemplo mayor de una estrategia publicitaria que buscó, con éxito, operar como

⁶ Cf. Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía y la historia*. Valencia, Pretextos, 1988.

palanca de ascenso social de muchos de sus miembros, algunos de ellos gentes dotadas de un gran talento en el campo de la poesía –aunque gentes de escasísimo capital cultural–, quienes desde Medellín y Cali intentaron desafiantes el asedio de la fortaleza centralista y excluyente que en los terrenos de la política y la cultura –no de la economía– constituía Bogotá.

El ACHSC fue en su primer periodo –y lo seguirá siendo después– un ejemplo de sobriedad –y hasta de parquedad– editorial. Ni una sola palabra en las páginas de la revista sobre el proyecto editorial de largo plazo –en el caso de que este existiera–. Ni una sola frase de desafío abierto a las formas de hacer investigación histórica que habían dominado en el país a lo largo de su historia. Ni una sola escaramuza contra el “venerable manual” de Henao y Arrubla en que varias generaciones de colombianos habían sido educados. Tan solo, en esos primeros años, un conjunto de artículos casi todos ellos de gran calidad por su contenido y por su enfoque, y sobre todo la publicación de esos textos precursores, modelos de *otra forma* de investigar y escribir historia, que constituyen los cuatro “ensayos” que tiempo después conformarán el gran libro de Jaramillo Uribe sobre historia social colonial, por fuera de un grupo de importantes transcripciones de documentos del Archivo Histórico Nacional, de una permanente revisión de toda la literatura histórica nacional que se produjo entre finales de los 50 y primeros años del 60 –las “minireseñas” de Jorge Orlando Melo– y de algunos intentos bibliográficos sobre temas nacionales que representaron los textos menos elaborados de la publicación entre 1963-1970.⁷

Así pues, el ACHSC constituye una fuente, pero sobria en exceso, y había necesidad de buscar en otra parte. La oportunidad, de manera muy parcial, ha sido ofrecida por el trabajo hoy en día en marcha de organización de los propios archivos de la Universidad Nacional, base documental que en años próximos deberá ser sin ninguna duda uno de los apoyos básicos que los historiadores tendrán para plantear por primera vez, o para replantear bajo otra forma, problemas centrales de la cultura intelectual del país en un largo tramo del siglo XX, en la medida en que gran parte de esos procesos ha tenido como epicentro a la Universidad Nacional.⁸

Hay que dejar en claro, desde luego, que las fuentes que citaremos son solamente una parte menor de aquellas que revisamos y que las fuentes consultadas representan una parte mínima de aquellas con las que en un futuro próximo se podrá contar, y que por la rapidez y superficialidad de nuestra

⁷ Como lo supo observar bien Rafael Gutiérrez Girardot en una reseña del ACHSC enviada desde Bonn. Cf. *El Tiempo*. Lecturas Dominicales, enero 26, 1964, p. 2.

⁸ Cf. Algunos de esos primeros usos del “archivo” de la Universidad Nacional pueden verse en las cuatro crónicas y documentos que la Universidad Nacional ha venido publicando entre 2000 y 2002.

búsqueda y por el grado de organización incipiente del “archivo”—en realidad grupos desorganizados de documentos en camino de una primera clasificación-, no es muy lejos a donde se ha llegado. Por lo demás, una búsqueda de estas características produce “corpus” documentales regularmente fragmentarios y discontinuos, no muy útiles en la constitución de series, y que por lo tanto funcionan principalmente como *indicios*, lo que dificulta toda prueba más o menos concluyente respecto de las afirmaciones que se presentan, lo que deja en suspenso muchos de los elementos de la argumentación que se quiere ofrecer.

II.

En 1969 Jorge Orlando Melo, un discípulo destacado de Jaramillo Uribe —en parte su gran aliado en la publicación de los primeros números del ACHSC- y ya para esa época un licenciado en filosofía graduado bajo las nuevas orientaciones de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, con estudios de historia en el extranjero y profesor universitario, publicó un balance del estado de la investigación histórica en el país, en el que en el tono moderado y realista que siempre lo ha caracterizado, señalaba a manera de conclusión que:

Como se ha visto en las páginas anteriores, durante los últimos años se ha presentado un notable despertar del interés de los investigadores por diversos estilos de trabajo y por el conocimiento de varios aspectos de la historia nacional tradicionalmente abandonados. Al mismo tiempo, la formación de un grupo de historiadores ‘profesionales’ ha sido favorecida por el desarrollo acelerado que ha tenido la educación superior universitaria en el país.⁹

Lo que Jorge Orlando Melo llama en el texto que citamos “las páginas anteriores” constituía un ejercicio de erudición y una muestra de gran atención por la producción histórica nacional reciente, pero también la constatación de un cambio cultural de dimensiones mayores, concretado, en este caso, en la

⁹ J. O. Melo, “Los estudios históricos en Colombia. Situación actual y tendencias predominantes”, en *Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, enero-marzo, 1969, No 2, pp. 15-40. El texto citado en p. 39. Cf. también para una ratificación del diagnóstico optimista de 1969, del mismo J. O. Melo, “Los estudios históricos en Colombia, 1969-1979”, en *Universidad Nacional. Revista de Extensión Cultural—Sede de Medellín-*, No 9-10, 1980-1981, pp. 100-104. Una crónica extensa y repleta de detalles, algunos poco conocidos, puede leerse en Bernardo Tovar —editor-, *La historia al final del Milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional, 1994.

investigación histórica nacional, en el avance de la disciplina histórica y en el nacimiento incipiente de una comunidad intelectual que se identifica como practicante de un oficio que se inspira en nuevos criterios y en nuevas formas de hacer historia, criterios y formas que parecen haber tomado nota de los cambios en la producción histórica en los lugares en que la disciplina se encontraba más consolidada (Europa y los Estados Unidos), al tiempo que se establecía una línea de separación con formas de encarar el trabajo del historiador que aun a finales de los años 50 parecían inmodificables.¹⁰

Visto hoy, con algo más de treinta años de distancia, ese primer balance realizado por Jorge Orlando Melo puede ser asumido sin mayores correcciones y él mismo es una prueba de la tesis que enuncia, y aunque algunos han querido ver en él un simple inventario de títulos, tal vez no se ha reparado lo suficiente en el elemento analítico que contiene, sobre todo en las líneas en que caracteriza las nuevas orientaciones de la investigación histórica en el país, por diferencia con un modelo que, en forma un tanto restrictiva, podemos denominar el modelo de la Academia de Historia, un modelo del cual Melo resalta su función patriótica y moralizante, el uso perfectamente ingenuo de la compleja noción de *tiempo histórico* (“la sucesión temporal adquiere la función de categoría histórica única”), el dominio en extremo limitado de los métodos de análisis histórico y de crítica de fuentes (“evita presentar seriamente sus referencias al material documental de modo que la exactitud de sus informaciones es casi imposible de verificar”), pero no menos y de manera central su estrecha concepción de la realidad histórica, reducida, por definición, a la esfera del Estado y a la actuación en torno de él de prohombres ejemplares que actúan a la manera de “mediums” que guían los destinos de los pueblos.¹¹

Así pues, una concepción restrictiva de la realidad, pero ante todo –y esto se ha subrayado mucho menos– una forma pasiva de entender la relación del historiador con lo “real”, ya que, según ese modelo, el historiador desaparece pasivamente tras los documentos que pacientemente recopia para finalmente publicar en un grueso volumen el mismo grupo de documentos adornado con comentarios, mientras que las nuevas formas de hacer historia, presentes en los trabajos recientes que reseña, suponen un cambio completo en la propia concepción de lo que cubre la llamada “realidad histórica”, cuando el historiador logra romper con la vieja identificación entre acontecimiento histórico y

¹⁰ Para una visión amplia, precisa y aprobatoria de la mediocridad de los estudios históricos nacionales a finales de los años 50 cf. José María D'Orsonville, *Colombia Literaria* [Crónicas de radio]. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1957-1960, 4 volúmenes.

¹¹ La expresión “mediums” es utilizada por Rafael Gómez Hoyos en su polémica con Juan Friede respecto de la definición del contenido de los estudios históricos. Cf. Réplica a las observaciones críticas del académico Juan Friede”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. VII, No 6, 1964, pp. 998-993.

actividad estatal, y un cambio superlativo en la manera como el historiador encara su materia, pues por fuera de toda actitud pasiva frente al documento

...ya no se trata de la 'captación' de una realidad cuya verdad subsiste por fuera del historiador, sino que es preciso que éste, provisto de conceptos y de criterios explicativos, revele el sentido de los hechos al colocarlos en una relación precisa con determinadas estructuras de la realidad social y, por lo menos virtualmente, con la totalidad del sistema social en el cual se presentan.¹²

El punto esencial en que se juega la modificación es éste y no solamente el que tiene que ver con los nuevos objetos de análisis (la “economía”, la “sociedad”) o con las preferencias ideológicas de los investigadores, aunque el abandono de las “curiosidades frívolas” (curiosidad recientemente resucitada en la historiografía nacional, con el sello de la última novedad) y el rechazo de la idea de que la tarea del historiador es la de promover valores patrióticos y servir de base a la educación cívica no son elementos secundarios en esta toma de distancia entre los nuevos investigadores de la historia nacional y el modelo derivado de la práctica tradicional que defendió e impulsó la Academia de la Historia.

Es más o menos seguro –aunque en ocasiones resulta difícil demostrarlo– que ese proceso de “modernización” de la investigación histórica nacional se relacione con el nuevo clima cultural e intelectual presente en el país algunos años antes de la caída del gobierno de Rojas Pinilla y en los primeros años del Frente Nacional. Es más o menos seguro que ese proceso se relacione con cambios mayores en la Universidad Nacional -Institución esencial en éste proceso-, como lo fueron el crecimiento de su población universitaria, la aparición de nuevas disciplinas como la economía y la sociología, y la identificación –más o menos gratuita- que la nueva juventud universitaria hacía entre los fundamentos de una línea política y algún conocimiento de la historia nacional. Pero no menos puede dejar de vincularse ese proceso “modernizador” con cambios institucionales en la Universidad Nacional, con el ambiente intelectual y docente de la Facultad de Filosofía a lo largo de los años 50 –y dentro de este ambiente con el lugar destacado ganado poco a poco por la enseñanza de la historia, y con el quiebre de una forma de hacer “ciencia social” que había sido una constante hasta la primera mitad del siglo XX en el país –con muy pocas excepciones-, y que encuentra uno de sus puntos locales de transformación en la Universidad Nacional.¹³

¹² J. O. Melo, “Los estudios históricos...”, op. cit., p. 25.

¹³ J. O. Melo, “Jaime Jaramillo Uribe y el impacto de su obra”, en *Revista Colombiana de Educación*, No 34, Primer semestre, 1997, pp. 122-123.

Aquí hay ante todo dos hechos que deben mencionarse, para poder observar el carácter localizado y en parte marginal, de los cambios culturales en curso. En primer lugar que, aunque durante la llamada República Liberal (1930-1946) el país conoció avances importantes en el plano de la cultura intelectual, esos avances fueron todo menos que uniformes y profundos, habiendo sido particularmente débiles y desiguales en el caso de la cultura histórica, como Jaime Jaramillo Uribe lo ha indicado, al recordar no sólo el carácter insular de su interés por la investigación histórica –interés que él no duda en poner en relación con su temprano “compromiso” con la política y los problemas sociales-, sino el propio carácter inicial y primario –aunque renovador- de lo que en la Escuela Normal Superior se llamó “investigación”.¹⁴

En segundo lugar que el virulento ataque conservador desatado sobre todo a partir de 1948 contra todo lo que tuviera algún aspecto de “modernidad intelectual” tomó como blanco principal antes que a las nacientes antropología y sociología “nacionales”, a la investigación histórica y a la enseñanza de la historia, aunque no existiera ninguna prueba de que en ese tipo de saber se encontraría escondida alguna amenaza contra las “instituciones democráticas” o cosas por el estilo. Se trataba de un simple reflejo, que se encuentra bien descrito en el libro del académico Miguel Aguilera sobre la enseñanza de la historia de Colombia. Como el mundo era recorrido por el fantasma comunista, que había establecido sus reales entre nosotros a través del Frente Popular organizado por el presidente López Pumarejo –en la versión de Aguilera-, los motines y levantamientos posteriores al asesinato de Gaitán encontraban una explicación clara: “la ignorancia de nuestras ejecutorias pretéritas era determinante de los desafueros de las turbas”, por lo cual el Gobierno nacional se vio en la necesidad de expedir el Decreto 2328 del 15 de julio de 1948 en que se recomendaba la intensificación del estudio de la historia de la patria, el culto de los héroes y la veneración por los símbolos de la nacionalidad, como fuentes supremas de la cohesión nacional. De tal manera que los estudios históricos modernos, tan escasamente desarrollados en las décadas anteriores, se convirtieron de nuevo en una zona sagrada y conflictiva, estrechamente vigilada.¹⁵

¹⁴ Cf. C. Low y M. C. Herrera, “Jaime Jaramillo Uribe. La pedagogía y las ciencias sociales”, en *Revista Colombiana de Educación*, No 28, Primer semestre, 1994, para conocer las opiniones de Jaramillo Uribe sobre la “especialización” entre intereses históricos y antropológicos entre los alumnos de la escuela Normal Superior. La precariedad de lo que se llamó investigación en la Escuela Normal Superior está ilustrada por el propio Jaramillo Uribe cuando relata que “[Antonio García] familiarizó a los estudiantes por lo menos con la etapa más elemental de la investigación, que era ponernos trabajos y hacernos consultar una bibliografía, porque ni siquiera eso se hacía en las universidades colombianas”. p. 124.

¹⁵ Cf. Miguel Aguilera, *La enseñanza de la historia en Colombia*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, pp. 10-12. Sobre la enseñanza de la historia durante la República Liberal (“cuando varias dependencias del ramo educativo oficial se movían

Pero sobre todo las medidas del gobierno conservador puestas en marcha a partir del segundo semestre de 1948 –y continuadas por el Ministerio de Educación a lo largo de los años cincuenta- le dieron un nuevo soplo de vida a la Academia Colombiana de Historia que, con intención política y moralizante, abrió al principio de 1949 una cátedra permanente de historia nacional, cuyos textos pocos meses después conformarían tres gruesos volúmenes que serían una de las bases de sus *Curso Superior de Historia de Colombia* de tanto uso en la educación secundaria y universitaria en el país.¹⁶

En su conjunto la estrategia conservadora contra los cortos avances del pensamiento moderno en ciencias sociales durante los años 1930-1950 fue la de identificar cualquier posición de avanzada cultural con liberalismo extremista y bolchevismo, confundiendo, en su interés, los proyectos de investigación social seria y rigurosa, con lo que Jorge Orlando Melo llama las voces más estridentes del liberalismo, voces que, tanto por su forma como por su estilo, se parecían, aunque con signo ideológico contrario, a las viejas voces sectarias y pugnases de los conservadores, de tal manera que, como *práctica dominante*, a finales de los años 50, *en su conjunto*, la cultura intelectual del país mostraba hábitos muy ajenos al espíritu de rigor de las ciencias sociales modernas, pues se trataba de una forma de discutir y de encarar los problemas

que no respetaba las exigencias analíticas propias de cada disciplina, ni adoptaba la actitud de búsqueda de conocimiento que resulta esencial para

impulsadas por la organización que comenzó a llamarse Frente Popular” y sobre el papel de los maestros (“de confederada corriente colectivista”) cf. pp. 46-47. En realidad la República Liberal poco hizo en este terreno. Algunos de sus intelectuales intentaron con sensatez dar a la enseñanza de la historia algún rigor, e hicieron observar, por ejemplo, que en el estudio de la agricultura colonial “no se puede prescindir de la búsqueda de las causas de su estancamiento”, del estudio de “sus principales rasgos” y de la “influencia que esos rasgos ejercieron en el ulterior desarrollo agrícola del país”. Pero el Ministerio de Educación Nacional no aceptó ninguno de los cambios propuestos por la Comisión Técnica que había estudiado el problema. Cf. M. Aguilera, op. cit., p. 8

16 Idem. Aguilera, que entiende –a su manera- las relaciones entre historia y política, recomienda que se huya de la historia contemporánea: “En esta consideración me he fundado –‘la historia lleva en su entraña el germen de la apreciación política’- para afirmar que no es recomendable que la historia contemporánea de Colombia avance hasta el presente... hay que quedar a 30 años de distancia”. El ataque contra lo que él llama el “marxismo” –una verdadera *confusión de lenguas*-, para el que “no hay hechos históricos sino económicos”, en pp. 117 y 123-124. Pero no hay que dar una explicación sencilla (Aguilera es “godo reaccionario”) de las posiciones de Aguilera. Su balance muestra, de una manera conservadora, el ambiente de pugnacidad que rodeaba toda discusión ideológica y ciertos usos abusivos de la historia que los “liberales estridentes” habían hecho, como igualmente lo hacían los conservadores. Como se sabe, cada vez que la historia se convierte en propaganda e instrucción cívica, dejando de lado su aspiración a conocimiento objetivo, se hace víctima fácil de toda clase de ataques.

*desarrollar la actividad investigativa y reflexiva. Nuestras ciencias sociales eran deductivas... al servicio de la polémica política.*¹⁷

III.

En 1977, en un corto texto de intención programática —que merecería discusión aparte por su fecha y por su título (“¿Por dónde comenzar?”)— Germán Colmenares escribía la siguiente dedicatoria:

*A la memoria de don Luis Ospina V., a quien tuve la suerte de leer en una facultad de filosofía en donde estaban de moda Husserl, Heidegger y la Civilización Occidental Cristiana.*¹⁸

La dedicatoria, que desde luego quería ser crítica e irónica, ponía varias cosas de presente, entre las cuales hay una por lo menos para resaltar, en la dirección que más nos interesa: que en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional había, intelectualmente hablando, y esto a pesar de la reacción conservadora y el “Neotomismo” ascendente, *mucho más* de lo que Colmenares *pensaba*, aunque *mucho menos* de lo que *deseaba* quien llegaría a ser la figura dominante de la investigación histórica nacional en los años 70 y 80. Colmenares deseaba otra enseñanza de la filosofía, y es posible que pensara en Marx y en el Lukcas de *Historia y Conciencia de Clase*, y en todos los autores que lograban conectar la historia de las ideas con la historia de la sociedad, aunque parecía desear desde entonces también un saber de *orden empírico y documental*, que él reconocía en la disciplina histórica y que, de manera provocadora, identificaba en su dedicatoria con una de sus formas extremas: el gran libro de Ospina Vásquez —*Industria y Protección en Colombia*—, un libro que contradecía todas las tradiciones dominantes en

¹⁷ J. O. Melo, “Jaime Jaramillo Uribe y el impacto de su obra”, op. cit., De manera curiosa Virginia Gutiérrez de Pineda en su balance de las ciencias sociales a mediados del siglo XX no hace ninguna observación acerca de la cruzada conservadora contra las formas medianamente modernas de la cultura. Cf. Panorama actual de las ciencias sociales en Colombia. *Universidad de Antioquia* (Revista), No 159, octubre-diciembre, 1964, pp. 769-779.

¹⁸ G. Colmenares, “Por dónde empezar”, en *Gaceta* [COLCULTURA], Vol I, No 12-13, julio-agosto, 1977, p. 7. La civilización occidental cristiana en realidad sí se nombra de manera repetida en la documentación institucional de la Universidad Nacional en los años 50 y 60, pero es difícil desentrañar el sentido práctico de un enunciado de esta naturaleza. Algunos de los intelectuales que colaboraron con las publicaciones de la Facultad de Filosofía también invocan el tema de “Occidente cristiano”. Así por ejemplo, Alberto Wagner de la Reyna —el intelectual peruano y futuro diplomático— escribe a Cayetano Betancur, felicitándolo por la aparición de *Ideas y Valores* y habla de lo mucho que lo alegró “lo bien logrado de la síntesis de pensamiento europeo y latinoamericano, de tradición occidental y cristiana y el *hic et nunc*”. Cf. *Ideas y valores*, No 3-4, diciembre, 1951, p. 290.

el campo de las ciencias sociales en Colombia –incluidos Nieto Arteta, Hernández Rodríguez, Antonio García y desde luego Liévano Aguirre-, por su apego a los documentos, por lo poco lírico de su redacción y por la definición en extremo precisa de un objeto que, por lo demás, el contenido del libro desbordaba.

¿Dé dónde podía provenir ese interés de Germán Colmenares por los “saberes empíricos y documentales” que echa de menos en su Facultad de Filosofía? Desde luego que su resorte último no lo podemos conocer, ni en el plano social ni en el psicológico, pero parece claro que, a pesar de todo el autodidactismo que hay en los intereses culturales de Colmenares, muchas de las cosas que estaban sucediendo en la Facultad de Filosofía favorecieron su definición como historiador, a pesar de sus títulos académicos en Derecho y Filosofía.¹⁹ De hecho, desde 1953 Jaime Jaramillo Uribe había comenzado a exponer de manera más o menos sistemática las obras de Max Weber, Werner Sombart y Henri Pirenne –lo que no es poca cosa como introducción a *otra idea* de la historia y de la investigación histórica-, autores en los que se apoyaba para el desarrollo de cursos que cubrían desde el Renacimiento hasta la Revolución Industrial²⁰, tarea en la que no se encontraba completamente sólo, pues, por lo menos, lo acompañaba el profesor Antonio Antelo, quien “poseía buenos conocimientos en historia de la Edad Media... [y] atendía sus cursos siguiendo las metodologías y bibliografías modernas”.²¹ Jaramillo Uribe retomará a esos autores, y a otros más –sabemos que desde finales de los años 50 expone las obras de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel²² - a su regreso a la Universidad Nacional, en 1957, luego de una temporada de estudios en Alemania que le ha permitido culminar *El pensamiento Colombiano en el Siglo XIX* y regresar convertido ya en un historiador, con un programa más o menos claro de investigaciones en el campo ya no de la historia de las ideas sino en el de la historia social.

Durante esos años finales de la década del cincuenta y durante los primeros años de la década del sesenta Jaramillo Uribe encontrará ocasión de ampliar y definir *institucionalmente* su proyecto –una revista, cuyo modelo e inspiración son sin ninguna duda tomados de los ANNALES de Febvre y Bloch, un departamento de historia, un instituto de investigaciones históricas y un plan de

¹⁹ A principios de los años sesenta una publicación que debió operar como instrumento clave en el proceso de socialización en la moderna cultura europea debió ser la revista ECO, que estudiantes y profesores recibían de manera gratuita. Cf. por ejemplo Carta de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de marzo 27 de 1963, para la Librería Buchholz, agradeciendo el envío que se hace de la revista ECO para estudiantes y profesores de la Facultad.

²⁰ Cf. J. Jaramillo Uribe, “Génesis de los modernos estudios históricos en Colombia: De la escuela Normal Superior al Departamento de Historia de la Universidad Nacional”, en *De la Sociología a la Historia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1994, p. 164.

²¹ Idem.

publicaciones de investigaciones históricas originales, basadas en documentos que deberían ser ellos también objeto de publicación-. Pero encontrará esa posibilidad no sólo por la presencia de otros profesores que se interesaban por enseñar buena historia, como el mencionado Antonio Antelo y el sociólogo Fernando Guillén Martínez, como sus propios alumnos y ésto muy tempranamente —o que se interesaban sobre todo por investigarla de manera innovadora, como en el caso de José María Ots Capdequí²³ -, a todo lo cual se unía la apertura de intereses culturales que provocaba la actividad de gentes de amplia curiosidad intelectual sobre el mundo como Marta Traba y Eugenio Barney Cabrera, para citar dos ejemplos conocidos.²⁴

El regreso de Jaramillo Uribe a la Universidad Nacional en 1957 no crea de la nada las condiciones en que un programa de formación de historiadores apoyado en la investigación histórica podría encontrar semejante eco y frutos —por lo menos si se observa el resultado brillante que se expresa en la obra de los discípulos y en la propia obra de Jaramillo Uribe-. Aunque de una manera compleja, al tiempo desigual, fragmentaria y dispersa, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, a través de la docencia, pero posiblemente más a través de los seminarios y de los inicios de una discusión intelectual renovada, a finales de los años cincuenta la enseñanza de la historia había logrado ganar un lugar importante, así el contenido inicial de esta enseñanza estuviera muy emparentado aun con formas añejas de la enseñanza y la investigación de la historia (como ocurría en muchos de los cursos de historia universal o de historia de las “grandes culturas”).

Sin este avance de la enseñanza de la historia, y de un primer interés por su investigación, no se entendería la organización, en el segundo semestre de 1956, en el marco de las actividades académicas de algunos profesores que se encontraban visitando la Universidad Nacional —entre ellos los destacados filósofos con notable inclinación por la historia Étienne Gilson y Juan David García-Bacca-, de un cursillo sobre teorías y métodos de la historia, dictado por Manuel Ballesteros Gaibrois, por aquel entonces Secretario del Instituto Fernández de Oviedo en Madrid, y que incluyó las siguientes conferencias: “Significado y valor de la historia”, “Historia de la historiografía”, “Fuentes

²² Cf. J. O. Melo, “Medio siglo de historia colombiana...”, op. cit., pp. 2-17.

²³ Cf. J. Jaramillo Uribe, “José María Ots Capdequí, historiador del derecho indiano”, en *Politeia*, No 12, 1993, pp. 11-14. El elogio preciso del Profesor Ots sería el siguiente: “El fue quien nos inició, quien nos descubrió y nos reveló muchos aspectos de la historia social colonial y el que incitó a muchos miembros de mi generación, y a mí mismo, a estudiar en serio y a tomar en serio la historia colonial de nuestros países”. P. 13.

²⁴ Cf. *Ideas y Valores*, por ejemplo, No 17, abril-junio, 1963. Para una observación esencial sobre la importancia de los cambios culturales en los finales años cincuenta y primeros sesenta, antes del llamado *boom* de la literatura cf. J. O. Melo, “Medio siglo de historia colombiana”, op. cit.

históricas”, “Crítica histórica” y “Temas de investigación”, conferencias que se esperaba editar a continuación en forma de libro –aunque no sabemos si esto último logró hacerse-.²⁵

La revista *Stvdivm* es también una muestra de ese avance realizado en la enseñanza de la historia en los finales años cincuenta. *Stvdivm* había sido fundada a principios de 1957, como reemplazo de la anterior revista de la Facultad de Filosofía: *Ideas y Valores* (años después *Ideas y Valores* reemplazaría a *Stvdivm*) por iniciativa del decano de la Facultad, -un hombre especialmente conservador y católico, adepto al gobierno de Rojas Pinilla y defensor a ultranza del “humanismo” más ajeno a las novedades filosóficas de los últimos siglos-, quien había puesto la revista bajo la dirección del profesor Antonio Antelo. En el primer número de *Stvdivm*, que conserva la misma organización en secciones que distinguía a *Ideas y Valores*, Jaramillo Uribe publicaría su texto “Obra y formación de Miguel Antonio Caro” –un tema que no tenía por qué desagradar al fundador de la revista, pero que podía ser objeto de un tratamiento moderno, como en efecto ocurría con la interpretación propuesta por Jaramillo Uribe.²⁶

El número siguiente de *Stvdivm* deja también la impresión de ese “irresistible ascenso” del interés por la historia en la Facultad y muestra el proceso de reconocimiento como saber legítimo que va obteniendo el estudio de la historia. Allí de nuevo encontraremos un texto de Jaramillo Uribe –sobre Caro y Alberdi-, y varios textos más directamente relacionados con la investigación histórica o con la historiografía (breves textos –“Notas”-, uno sobre la historiografía en Europa oriental y otro más sobre las tendencias actuales de la investigación histórica). A más de ello reseñas de textos y de publicaciones históricas. Así por ejemplo, Antonio Antelo, el director de la revista, reseña el libro de Magnus Mörner sobre las actividades de los jesuitas en el Río de la Plata [1953], como se reseñan también la *Revista de Historia de América*, *Estudios Americanos*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y los tres primeros números del *Hispanic American Historical Review*, es decir todas publicaciones de primer orden en el campo de la historia.²⁷

A más de lo anterior, *Stvdivm*, que habla ya de tareas de *investigación para los departamentos académicos* de la Universidad, publicó en ese segundo número el trabajo de uno de los alumnos de la Facultad, realizado en

²⁵ Cf. *Stvdivm*, No 1, enero-abril, 1957. El “cursillo” parece haber tenido toda la solemnidad que la época imponía, pues, según anuncia *Stvdivm*, “En sesión solemne de la Facultad, presidida por todas las autoridades académicas de la Universidad, por el presidente de la Academia Colombiana de Historia y con asistencia de un nutrido y selecto auditorio, fue presentado el Doctor Ballesteros por el Doctor Antelo, profesor de historia de la Facultad”.

²⁶ *Idem*.

²⁷ *Stvdivm*, No 2-3, mayo-diciembre, 1957.

el marco de los seminarios de investigación que se habían establecido, en este caso el Seminario de Historia Antigua Universal. El trabajo, que Antonio Antelo, el director del Seminario, presentaba “como ejemplo ante la juventud estudiosa del país”, había sido escrito por quien aún en esa época firmaba con su nombre completo: Germán Pablo Colmenares, y tenía como tema la crisis de la Ciudad-Estado en el mundo griego.²⁸

Por su parte, *Ideas y Valores*, que comenzó de nuevo a publicarse a principios de los años sesenta, desaparecida ya *Stvdivm*, también permite comprobar la forma como la enseñanza de la historia avanzaba en la Universidad Nacional, y la manera como los trabajos de investigación histórica lograban reconocimiento. De esta manera, por ejemplo, en el segundo semestre de 1962 *Ideas y Valores* publicará, además de otros dos trabajos de corte histórico, el trabajo de Seminario del joven estudiante de filosofía Jorge Orlando Melo, trabajo que tenía como objeto el examen de algunos textos de filosofía que habían circulado en la sociedad colonial del Nuevo Reino de Granada —un problema que había desarrollado para los casos de Venezuela y Colombia Juan David García Bacca—, por fuera de dar cuenta de la creación en 1962 en la Facultad de Filosofía de las “secciones” de Historia de Colombia y América y de la de Historia de las Ciencias y el Arte, dos secciones especializadas con las cuales la Facultad aspiraba “a que se estudie seria y científicamente la historia americana —y en especial la de Colombia—”.²⁹

Esta idea de un análisis reposando sobre la investigación, que había sido una recomendación de política académica dada por la Rectoría de la Universidad Nacional desde finales de los cincuenta y principios de los sesenta, parece haber tenido un desarrollo en extremo desigual en la Universidad, pues, según una carta que el secretario de la Facultad envía en octubre de 1962 al Ministerio de Educación Nacional, “los departamentos de Humanidades y Lenguas Modernas... son simplemente docencia y no tienen funciones de investigación. De verdad la única investigación existe es en la Sección de Historia de las Ciencias y el Arte y Sección de Historia de Colombia y América”.³⁰

²⁸ Idem.

²⁹ Cf. *Ideas y Valores*, No 14, julio-septiembre, 1962.

³⁰ Cf. Carta de octubre 26 de 1962, del Secretario de la Facultad de Filosofía, para Carlos Canal, Jefe de Planeación del Ministerio de Educación Nacional. Como la carta del Ministerio de Educación interroga sobre la situación de la investigación en la Facultad, el Secretario informa que, “Bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe... [se] prepara actualmente la publicación del Anuario de Cultura e Historia de Colombia” y de documentos originales del Archivo Nacional “indispensables para el estudio de la historia colombiana y... la investigación y publicación de trabajos monográficos [...]. Sólo faltan los recursos económicos suficientes y un selecto equipo de investigadores en número considerable. Para remediar la segunda necesidad, la Facultad tiene un plan de preparar en el término de cinco años este personal, plan que ya ha comenzado a desarrollar”.

Sin embargo, el avance de la historia como disciplina autónoma, como saber distinto de la filosofía, concretado en una Sección –que luego sería el Departamento de Historia- no fue una conquista fácil, pues los estudiantes interesados estrictamente por la filosofía pensaban que la enseñanza sistemática de la historia constituía una distorsión en su perspectiva académica, lo que efectivamente podía estar sucediendo por el peso que las materias de corte estrictamente histórico iban tomando antes de la aparición de la formación en historia como un área especializada e independiente. Esa situación, y al parecer también prejuicios muy arraigados sobre las relaciones entre las disciplinas y las formas de enseñanza produjo en 1959 una agria disputa de los estudiantes de filosofía con el profesor Antonio Antelo, quien dictaba un curso de Historia Universal Antigua y a quien reconocían como un buen investigador, con sólidos conocimientos, pero de quien decían que “parece haber olvidado que nuestra facultad es de filosofía y letras”, pues “ha creído que acá sólo estudiamos historia, es decir, que la facultad es exclusivamente de historia”.³¹

En alguna medida se pueden seguir estos debates y este ascenso de la historia en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, poniendo la atención sobre las evoluciones de sus planes de estudios. Como se sabe, la enseñanza de la filosofía había encontrado su primer nicho en la Facultad de Derecho en los años cuarenta, pero poco después, hacia 1952, rompería con la tutela de los juristas. En 1957 la Facultad realizó una reforma de su Plan de estudios que, tal vez por un simple reflejo historicista, organizaba la enseñanza

³¹ Cf. Carta de septiembre 10 de 1959 de un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía para el decano y Consejo de la Facultad, en contra del Profesor Antonio Antelo. Los estudiantes manifiestan también su molestia con el nivel de exigencias académicas de Antelo y con sus extensas bibliografías, e informan, además, que Antelo “desconoció la autoridad intelectual del Doctor Manuel José Forero, eximio historiador colombiano”, a quien Antelo no aceptaba como calificador de exámenes de historia. Sobre el académico Forero y su concepción un poco añeja de la enseñanza de la historia Cf. J. M. D’Orsonville, *Colombia Literaria*, op. cit., Vol. II, pp. 169-175. Forero concluía su exposición sobre la enseñanza de la historia de Colombia con estas palabras: “Y muchas gracias, señor y amigo mío, por sus preguntas, que me han dado la oportunidad para comunicarme unos momentos con Colombia, a quien amo, después de Dios, sobre todas las cosas”. –Los volúmenes que publicó D’Orsonville recogían entrevistas originalmente pasadas por la Radio Nacional, que habían tenido gran audiencia. La disputa es sintomática de las resistencias frente a una nueva forma de enseñar e investigar la historia. Jaramillo Uribe manifestó en varias ocasiones su aprecio por Antelo. Podemos volver a citarlo: “... tenía una orientación moderna y creo que estimuló mucho al estudiantado con las buenas clases de historia”. Cf. C. Low y M. C. Herrera, “Jaime Jaramillo Uribe: la historia, la pedagogía y las ciencias sociales”, op. cit., p. 126. G. Colmenares menciona directamente a Antelo como una de sus grandes maestros en la “Introducción” de su *Historia económica y social de Colombia*–I-, 1537-1719. Por su parte, J. O. Melo, también rinde homenaje a Antelo, al recordar que “dejó entre sus estudiantes una imagen de profesor exigente y orientó los primeros trabajos de Germán Colmenares...”. Cf. J. O. Melo, “medio siglo de historia colombiana...”, op. cit., p. 12.

de la filosofía de la manera más tradicional sobre un eje cronológico (Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea), lo que fue una oportunidad para que el interés por la historia encontrara otro sitio para expresarse, además que el Plan de estudios incluía al mismo tiempo cursos de historia de Colombia y de América. A partir de ese año, 1957, hasta 1965, los cursos de historia, de método histórico, los seminarios especializados, etc., no dejarán de aumentar. Como lo ha señalado Jaramillo Uribe, dando como fecha el año de 1962, “Desde mi posición conseguí multiplicar las cátedras de historia y logré diseñar un *pensum* con materias complementarias que algunos no exentos de pompa llaman interdisciplinarias”.³² O como escribe Jorge Orlando Melo, dando como fecha el año de 1964 –año en que se crea el Departamento de Historia y se abre la carrera de historia-: cambió la relación entre el número de cursos de historia universal y de historia de Colombia y América y hubo “más historias especializadas, más seminarios de formación en métodos de historia, más trabajo de archivo”.³³

En realidad el proceso de reforma del Plan de estudios de la Facultad y de la Sección –luego Departamento- de Historia fue objeto de “intensas negociaciones” entre el grupo de estudiantes más radicales que rechazaban de plano la formación en latín y griego y que exigían en cambio que “todos los seminarios sean de carácter exclusivamente histórico” y que se les apoyara con el fin de “realizar [prácticas] en los... sitios de interés antropológico, arqueológico y cultural”, entre otras peticiones de reforma del Plan de estudios. Las comisiones de trabajo de estudiantes y profesores parecen haber funcionado y obrado con diligencia durante todo el año de 1964, buscando el acuerdo entre las posiciones, y a principios de 1965 la Facultad de Filosofía contaba ya con planes de estudios renovados –entre ellos el del Departamento de Historia-, “orientados a intensificar la especialización” en cada una de las áreas de formación (Filosofía, Letras e Historia), “con cursos teóricos, seminarios especializados y materias electivas que los estudiantes podían tomar en la Facultad o fuera de ella”, al tiempo que los semestres superiores conocían una disminución del número de materias, con el objeto de “intensificar en esta etapa de los estudios las labores de investigación y la actividad personal de los estudiantes”.³⁴

La situación parece relativamente estabilizada hacia finales de 1965. Por lo menos esa es la impresión que deja el informe que Jaramillo Uribe, como Decano de la Facultad, presenta ante el Rector José Félix Patiño, una de las personas que más favoreció su gestión. Jaramillo le informa al Rector

³² Cf. J. Jaramillo Uribe, “Génesis de los modernos estudios históricos...”, op. cit., p. 164.

³³ Cf., J. O. Melo, “Medio siglo de historia colombiana...”, op. cit., p. 13.

³⁴ Cf. Carta de marzo 24, 1956, de Jaime Jaramillo Uribe para José Félix Patiño, Rector de la Universidad Nacional.

que para ese momento la Facultad cuenta con 150 estudiantes en total –un crecimiento grande-, que se encuentran reformados los planes de estudio, que la tarea central que debe abordarse de manera inmediata es la de intensificar el trabajo de investigación y que hay que buscar buenos profesores en Colombia o en el extranjero, pues es necesario reemplazar a Jorge Orlando Melo, quien ha partido a realizar estudios de especialización en los Estados Unidos, y a Lucena Salmoral, quien por compromisos con la edición en marcha de la *Historia Extensa de Colombia* ha tenido que dejar sus tareas docentes. Por lo demás, Jaramillo Uribe informa al Rector que la facultad inició la formación de un archivo “sobre historia del arte e historia social urbana de Colombia” de 5000 transparencias, aunque por el momento no pasan de 200.³⁵

El impulso de la investigación en parte resultaba una tarea hasta ahora en sus comienzos pues a pesar de que alumnos graduados en filosofía habían tomado el camino de la investigación histórica, algunos vinculándose a la Universidad como docentes y otros viajando al extranjero para continuar sus estudios (en Francia, Estados Unidos, Chile, México), los frutos del árbol no se encontraban aun maduros, como para poder hablar de un equipo de investigaciones. Es por lo menos lo que se desprende de una carta que Jaime Jaramillo Uribe escribe en respuesta a una petición de posible intercambio formulada por la Escuela Práctica de Altos Estudios (Paris), en donde se había conocido de las tareas adelantadas por la Sección de Historia a través de un ejemplar que habían recibido del primer número del ACHSC. En su respuesta Jaramillo Uribe dirá que “no tenemos aquí un equipo de investigadores... en historia social... por el momento” y describe sus investigaciones en marcha –tal como han venido publicándose en el ACHSC-, para concluir diciendo: “Tenemos un proyecto de crear en el curso de este año un Instituto de Investigaciones Históricas, con el fin de iniciar investigaciones de historia social, económica, cultural y política y publicación sistemática de documentos”.³⁶

En general, en cuanto a la Facultad, en este y otros informes de esos años, Jaramillo Uribe resaltará el ambiente de diálogo, de discusión abierta y de

³⁵ Cf. Informe de Jaime Jaramillo Uribe de diciembre 17 de 1965, para José Félix Patiño, rector de la universidad Nacional.

³⁶ Cf. Carta de enero 30 de 1965 de Gustave Behyaut, profesor de la escuela Práctica de Altos Estudios (Paris) para Jaime Jaramillo Uribe, director del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, y Carta de marzo 25 de 1965 de Jaime Jaramillo Uribe para Gustave Behyaut. Jaramillo Uribe es un hombre serio en sus compromisos y cuidadoso en sus afirmaciones, por eso dice al profesor francés que “aun no tenemos aquí un equipo de investigadores en historia social” y menciona entre los que se interesan por la investigación histórica social, por fuera de sus discípulos a Juan Friede (“historia del siglo XVI, etnohistoria: historia indígena posterior a 1500”), Katleen Romolli (“particularmente historia indígena del siglo XVI”) y entre los antropólogos y sociólogos menciona a Gerardo Reichel-Dolmatoff, Virginia Gutiérrez de Pineda y Orlando Fals Borda.

debate que la caracteriza, mencionando seminarios especiales, conferencias, mesas redondas, etc., y agregando:

*En esta forma la Universidad ha cumplido una de sus más importantes misiones, cual es la de ser un centro de controversia y consideración de los problemas de la cultura vistos desde diferentes ángulos y en una forma libre y espontánea.*³⁷

Pero hay que retener bien las dimensiones del suceso: frases muy generales pueden hacer pensar que se trataba de un proceso de transformación cultural que cubría el conjunto de la Universidad Nacional.³⁸ En realidad se trata de un proceso mucho menos extendido y mucho más frágil de lo que se podría pensar, y sobre todo de un proceso muy reciente, que en un número corto de años ha logrado, *pero dentro de un núcleo muy reducido*, poner a una institución de educación superior de un país culturalmente atrasado, a la misma altura de culturas científicas más desarrolladas, en el campo de la investigación y la enseñanza de la historia. Una lectura exclusiva de los primeros números del ACHSC podría inducir ese error, por la calidad y el rigor de lo que ahí puede leerse.

En realidad, como lo mostrará el radicalismo estudiantil a finales de los sesenta y principios de los setenta, la Universidad como institución de cultura seguía siendo en extremo vulnerable, y la politización que conocería la Universidad Nacional no se apoyaría en esa visión que Jaramillo Uribe mencionaba renglones atrás (“centro de controversia y consideración de los problemas...

³⁷ Cf. Informe de diciembre 17 de 1965 de Jaime Jaramillo Uribe para José Félix Patiño, Rector de la Universidad Nacional.

³⁸ La Universidad Nacional realizó, sobre todo a partir de 1960, cambios de importancia mayor, como fueron los de trazar un Plan estratégico de desarrollo, colocar por primera vez énfasis especial en la investigación, y adoptar un reglamento profesoral que contenía todos los elementos que definen una carrera profesoral y un profesorado de tiempo completo y dedicación exclusiva en condiciones de investigar, al tiempo que planteaba la necesidad de reforma de las facultades. Comenzó igualmente con planes sistemáticos de envío de sus mejores estudiantes a realizar estudios de especialización en el extranjero, con la posibilidad de contratarlos a su regreso como profesores. De la misma manera, en la Facultad de Filosofía—posiblemente en otras también— adoptó un sistema de “monitorías” que permitía el enganche de estudiantes como “auxiliares de cátedra y de investigación”, e intentó así mismo, y esto a lo largo de *casi* toda la década, mantener un clima de tolerancia que permitiera no sólo la libre discusión, sino el simple funcionamiento normal de la Universidad, defendiendo la libertad de enseñanza de quienes querían convertir la Universidad en “un instrumento político subversivo”. El Rector de la Universidad hablaba, a comienzos de los años 60 de la necesidad de reglas claras para evitar que “agitadores sin conciencia puedan no solamente paralizar... la Universidad, sino llevar la institución a un alto grado de disolución. Sobre todo lo anterior—y no sólo sobre el último punto mencionado— cf. Universidad Nacional de Colombia. Informe del Rector de la Universidad Nacional Doctor Arturo Ramírez Morúa, 1961-1962. Tomo 1.

desde diferentes ángulos”), sino en formas de sectarismo y dogmatismo que, espoleadas por un marxismo dominado de principio a fin por una interpretación religiosa, volvían a reproducir en la vida académica los estilos y formas de discusión que tanto adeptos de la República Liberal como militantes del fundamentalismo conservador habían cultivado durante buena parte del siglo XX. En realidad el proceso de politización de las nuevas clases medias y populares llegadas a la educación superior en los años 60 y 70 mostraba de manera palmaria que la sociedad colombiana seguía encontrándose muy lejos del ideal de una sociedad secular y que los modelos de cultura política tradicional seguían perfectamente sanos y vigorosos y eran los verdaderos filtros que organizaban y redefinían lo que se declaraba, según la formulación de Sartre, como el “horizonte político y filosófico de nuestro tiempo”.³⁹

En el campo preciso de la investigación histórica un solo indicio, varias veces mencionado por otros analistas, es una pequeña prueba de dónde estaban los apetitos y deseos de la juventud estudiantil revolucionaria. Desde luego que las preferencias no se encontraban de parte del “ladrillado” ACHSC ni de las colecciones documentales que J. O. Melo y G. Colmenares, junto con otros discípulos de Jaramillo Uribe, imaginaban como requisito necesario para una introducción seria y responsable en la historia de Colombia, incluso en el caso de quienes no pensaban hacer de la historia su profesión.⁴⁰ No. Los gustos de esa juventud universitaria radical de los años sesenta se encontraban más bien por los lados *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, obra cuya crítica ponderada y cuyas limitaciones habían sido señaladas desde su propia aparición por quienes se encontraban en proceso de incorporar nuevas formas de hacer historia.

IV.

Jaime Jaramillo Uribe, el creador y principal impulsor del ACHSC a largo de casi una década, es en verdad un personaje singular. Sus discípulos directos, sus colegas extranjeros, y aun quienes no tuvieron la oportunidad feliz

³⁹ La agitación política, que terminó por afectar el trabajo académico, tuvo expresiones múltiples en la Facultad de Filosofía, como lo comprueban los brotes de intolerancia auspiciados por grupos que declaraban representar el “horizonte político de nuestro tiempo”. Con independencia de los actores y colocando el juicio en suspenso, recuérdese por ejemplo los intentos de realizar juicios y propinar palizas a profesores de la Facultad que no participaban del “horizonte... de nuestro tiempo”, como en el caso del profesor Fernando Urbina. Cf. Carta de junio 23 de 1967 de Fernando Urbina para Consejo de la Facultad. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

⁴⁰ Cf. por ejemplo G. Colmenares et al., *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1968. J. O. Melo cita un trabajo en tres volúmenes de documentos originales (“Lecturas de Historia Colonial”, 1966) para uso docente e investigativo, que el preparó con G. Colmenares, pero no lo he podido localizar en bibliotecas ni catálogos.

de ser sus alumnos, han realizado su elogio y han descrito las cualidades que hacen del él un maestro. Verdades conocidas, que no es necesario repetir. Hablando de él la expresión *personaje exótico* resulta cierta, si se tienen en cuenta las condiciones intelectuales de los medios culturales que debió padecer. Muchos elementos apuntan a mostrar el carácter insular –que ya habíamos mencionado- de su tarea académica. Podemos mencionar algunos hechos que comprueban y manifiestan ese rasgo distintivo.

Jaramillo Uribe ha hablado en varias ocasiones de su solitario interés inicial por las investigaciones históricas, en un momento en que buena parte de sus compañeros se decidía por la investigación folclórica, o tomaba los caminos de la nascente antropología, de la mano de Paul Rivet, respecto de cuya obra desde el principio Jaramillo Uribe tomó distancia, por considerar que el destacado americanista francés permanecía alejado de la moderna antropología, tal como ésta se desarrollaba en los Estados Unidos, a partir de una obra como la de Franz Boas. Es un hecho significativo, varias veces mencionado por Jaramillo Uribe, pero poco subrayado por los comentaristas de su obra y de su magisterio.

De manera similar, en un artículo que sigue teniendo cierta vigencia, Jaramillo Uribe, manifestaba la opinión inusual de que en el país no se necesitaban economistas –en el sentido fuerte de la expresión- sino técnicos en economía (lo que en verdad produce la mayor parte de las universidades colombianas) y tomaba distancia frente a quienes intentaban definir un objeto de ciencia específico llamado la “economía latinoamericana”, al tiempo que defendía una concepción muy avanzada para esa época de la economía, mostrándola como una disciplina necesariamente vinculada con las matemáticas (“Hoy no se concibe un técnico ni un economista que no posea una sólida preparación matemática”), “soltando” de paso una definición absolutamente moderna de la ciencia, al escribir que “En realidad toda ciencia es más bien un conjunto de problemas que una colección acabada de soluciones”.⁴¹

Hay textos muy precisos en los que se pueden ver en funcionamiento sus criterios respecto del trabajo del historiador y la forma como de manera práctica los utilizaba en su labor académica. Dos ejemplos podemos aportar aquí. El primero tiene que ver con un concurso que la Universidad Nacional organizó en 1960 para premiar trabajos de historia dedicados a la Independencia Nacional, en el marco de las celebraciones del 150 aniversario del suceso, y en el que Jaramillo Uribe actuó como jurado. Al concurso no se presentaron sino dos trabajos, y sobre el más malo de ellos Jaramillo escribió:

⁴¹ Cf. J. Jaramillo Uribe, “En torno de la enseñanza de la Economía [1951], en *Revista Colombiana de Educación*, No 28, primer semestre de 1994, p. 132. Una definición también muy moderna de *teoría* en p. 133.

*Carece de las más indispensables condiciones metodológicas en un trabajo de esta clase (correcta citación de las fuentes bibliográficas, contacto con la obra directa del autor tratado, rigor científico de los conceptos, orden en el desarrollo del tema, etc.).*⁴²

Se podría decir que se trata de criterios puramente “elementales” en el ejercicio de la investigación histórica. Pero habría también que decir que si estos criterios elementales se hubieran con relativo juicio y constancia aplicado en muchas de las escuelas de historia, y sobre todo de ciencias sociales, del país, otro sería el curso de los estudios históricos nacionales. Por lo demás, y no hay que olvidarlo, criterios sencillos como esos produjeron ese monumento que se llama *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*.

El segundo, un ejemplo un tanto sorprendente, tiene que ver con la consideraciones que Jaramillo Uribe hizo sobre la conocida obra de análisis político de John D. Martz, un juicioso investigador norteamericano que un poco en el estilo de llamada “ciencia política” había escrito un trabajo sobre la vida política reciente del país —el trabajo será finalmente publicado por la Universidad Nacional en 1969⁴³—. Llama la atención no sólo la dura crítica que sobre el libro de Martz deja caer Jaramillo Uribe, sino los criterios en que la sustenta, y el modelo de obra que le enfrenta, cuando propone la traducción de la obra de otro autor norteamericano, cuyo trabajo avanza por vías muy distintas a las de Martz. Jaramillo Uribe es de la opinión de que no se publique el trabajo de Martz al que califica de serio y documentado, pero puramente informativo y periodístico, sin constituir de ninguna manera “un estudio analítico a mi modo de ver”; y recomienda en cambio la publicación de la obra de Robert West, *The Pacific Lowlands of Colombia*, que califica de un “estudio concienzudo y amplio, de valor permanente sobre la geografía, la etnología, la antropología y la economía de nuestro litoral pacífico”.⁴⁴

Cuando decimos que Jaime Jaramillo Uribe es entre nosotros planta exótica, aun hoy, pero mucho más en los años cuarenta y cincuenta, queremos

⁴² Cf. Carta del 15 de mayo de 1961 de J. Jaramillo Uribe para Secretario docente de la Universidad Nacional.

⁴³ John D. Martz, *Colombia. Un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969.

⁴⁴ Carta de 28 de septiembre de 1965 para Rafael Casas Morales, Rector de la Universidad Nacional. —El libro de West escrito en 1957 se publicó finalmente hace muy poco tiempo en el país. Cf. Robert C. West, *Las tierras bajas del pacífico colombiano*. Bogotá: ICAN, s.f. [sic!]. El ACHSC rechazó algunos textos propuestos para su primer número —aunque no conocemos detalles al respecto—. Cf. por ejemplo la carta de mayo 12 de 1963 del Secretario de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional para Francisco Elías de Tejada, de la Universidad de Sevilla, en que le informa acerca de la devolución de su artículo “Perspectivas para una historia del pensamiento político colombiano”.

decir sobre todo que su trabajo es una renuncia directa y explícita, concretada de manera práctica, desprovista de formulaciones “estridentes”, a unos de los principales valores que han regido el funcionamiento de la vida intelectual en Colombia: el *diletantismo*, frente al que Jaramillo Uribe supo oponer la continuidad en el trabajo, como lo prueba la lectura de esa inmensa masa documental en que se apoya *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* y sus estudios de historia colonial. Hay por fortuna una larga descripción de su trabajo cotidiano, que muestra la forma laboriosa, disciplinada, constante, como se fueron construyendo los *Ensayos de Historia Social Colombiana*. Como el Maestro ha hablado tan poco en primera persona de estas formas de trabajo cotidiano que se encuentran detrás de la solidez de su obras, de sus pruebas y de sus argumentaciones, y como se trata de una forma de trabajo que impulsó en su formación de discípulos, vale la pena transcribirla en su totalidad, además para imaginar su paso lento y seguro camino del Archivo Histórico Nacional, el momento en que termina de subir las escaleras y volteando hacia la derecha se dirige al ascensor, para después de unos minutos estar sentado frente a uno de los inmensos legajos que fueron su material de consulta. Se trata de una carta que Jaramillo Uribe dirigió a Cayetano Betancurt, en ese momento decano de la Facultad de Filosofía y en la que le informa sobre cómo marcha su trabajo y cómo trabaja de manera diaria, en las quince escasas horas semanales que la Universidad Nacional le otorga en esa época a este profesor de tiempo completo y dedicación exclusiva:

Mis investigaciones se mueven en el campo de la historia social y de la cultura en su conjunto, con miras primero a la elaboración de trabajos de tipo monográfico, y segundo a la elaboración de un ensayo general de historia de Colombia como historia social y de la cultura.

El camino que estoy siguiendo para ir logrando este propósito es el estudio de los documentos originales que se encuentran en el Archivo Nacional de Historia. Hasta el momento he podido examinar –en un lapso de más o menos tres años, pues los dos que permanecí en la Secretaría Académica de la Universidad fueron completamente perdidos para esta labor– los siguientes fondos del Archivo: “Negros y esclavos” (40 volúmenes), “Visitaciones” (los volúmenes más importantes, pues forman más de un centenar), “Colegios” (7 volúmenes). De estas investigaciones he acumulado un material considerable sobre los siglos XVI, XVII y XVIII (particularmente sobre este último) sobre temas como: la población (número, condiciones sociales, mestizaje, esclavitud, etc.), la economía y la cultura. Hasta el momento he logrado acopiar la suficiente información para escribir y publicar en el curso de este año dos trabajos monográficos sobre los siguientes temas: a) la esclavitud y las relaciones entre negros esclavos y

amos blancos en la sociedad colonial; b) los cambios en la estructura de la población en el siglo XVIII y sus relaciones con la situación del indígena y la propiedad de la tierra.

También he copiado completos, importantes documentos para la historia social y de la cultura nacional, documentos que podrán publicarse periódicamente en la revista de la Facultad.

Mi labor en este aspecto del trabajo no ha sido tan amplia como quisiera, porque la copia de documentos es labor dispendiosa y hasta cierto punto mecánica, que no justificaría la inversión de tiempo de un investigador, labor que podría adelantarse de manera eficaz si yo dispusiera de una secretaria o de un asistente de investigación que colaborara conmigo...

Tiempo dedicado a la investigación: Hasta el momento vengo dedicando a esta labor tres horas diarias de la semana... Este tiempo para una labor de esta naturaleza es insignificante desde luego, y sólo permite rendimientos muy lentos... Pero quiero insistir señor decano, especialmente para información de las autoridades centrales de la universidad, que este trabajo mínimo de investigación es indispensable en mi caso, aunque sólo fuera para fines docentes, y abstracción hecha de la necesidad de hacer investigación en la Universidad, pues como es sabido la bibliografía colombiana en estas materias es pequeñísima, de manera que para dar un nivel medianamente aceptable a la enseñanza y superar lo que habitualmente se transmite al estudiante en la enseñanza media, es indispensable hacer investigación o informarse en archivos y bibliotecas.⁴⁵

Se trata de un texto sorprendente en que el profesor explica a sus superiores académicos en donde se encuentra en las horas de la mañana, cuando no aparece en su despacho o no está en el aula de clase. La investigación era toda una novedad en la Universidad colombiana y en Macondo aun era necesario marcar sobre un papel, para aprender su nombre, cómo se llamaban tareas que después han llegado a ser más bien parte integral del oficio, como esa de investigar, desplazarse hasta un archivo o biblioteca –tareas en las que lo seguirán los mejores de sus discípulos- y preparar de manera responsable la

⁴⁵ J. Jaramillo Uribe, Carta de marzo 31 de 1962, para Cayetano Betancurt, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional. Jaramillo Uribe, como lo muestran sus referencias documentales, trabajó básicamente en el Archivo Histórico Nacional de Bogotá –hoy Archivo General de la Nación- y un poco en el Archivo Central del Cauca (Su visita al Archivo General de Indias (en Sevilla) parece ser posterior a la redacción de los *Ensayos*. Pero en la documentación revisada para este artículo aparece la mención de una comisión de estudios para viajar a la ciudad de Pasto con el objeto de adelantar búsquedas para una investigación “sobre demografía y problemas sociales del Nuevo Reino de Granada en los siglos XVII y XVIII en el Archivo Departamental [de Nariño] y en el de los Padres Agustinos en la ciudad de Pasto”, durante diez días. Cf. Carta de la Facultad de Filosofía de noviembre 21 de 1963, para el secretario Académico de la Universidad Nacional. Pero no parecen encontrarse huellas de ese trabajo de archivo en los *Ensayos*.

escritura de un libro o de unos “ensayos” que trataban sobre temas escasamente abordados por la investigación histórica nacional (sin insistir ahora la novedad del enfoque).⁴⁶ Se trata también de una indicación precisa sobre el tipo de artículos que se esperaba publicar en el ACHSC –de hecho los cuatro ensayos que Jaramillo Uribe publica en el ACHSC entre los años 1963 y 1966 son el producto del trabajo sin descanso que Jaramillo se ha propuesto y que narra en su carta para Cayetano Betancurt. Pero no se trata menos, en la carta, de la recreación de un *ideal de trabajo*, que aparece concretado en su propia obra y que constituyó un ejemplo para sus discípulos, como lo hemos señalado.

Un ideal de trabajo que sabiamente combinaba la enseñanza ya mencionada de los clásicos de la historia y de la sociología, con el trabajo empírico paciente, pero en el marco de una determinación más que será esencial en su trabajo y en el campo de la formación de historiadores en la Universidad Nacional en los años sesenta: *la relación viva con la teoría*, una relación que para los historiadores pasa siempre por el trabajo empírico, como una manera de organizar una relación con la teoría que libere de la tentación dogmática y del lastre que significa eso que años más tarde, en un texto que recrea esa “relación viva con la teoría”, Germán Colmenares llamará “esquemas teóricos aparatosos” que sólo desnaturalizan la realidad.⁴⁷ Es claro que –en apariencia- en los primeros números del ACHSC está por completo ausente la teoría. Pero viendo las cosas más de cerca hay que decir que ella se encuentra “en uso”, bajo una forma “no-escolástica”, inscrita en el estudio mismo de los problemas, y que lo que en los artículos publicados en esos números pueda haber de “empirismo”, es simplemente esa parte de trabajo empírico de la que por su bien nunca debe liberarse el conocimiento histórico.

El ACHSC, la creación de la Sección de Historia y las tareas de publicación que Jaime Jaramillo alentaba como proyecto, estaban acompañadas de un elemento más, en el que Jaramillo Uribe insistió por todas las formas posibles, entre 1961 y 1965, sin haber logrado el apoyo completo de las autoridades de la Universidad, en unas ocasiones por falta de presupuesto, pero más en general por cierta incompreensión frente a un proyecto que tenía mucho de original. Aunque las referencias a la creación del Instituto de Investigaciones Históricas son multiplicadas, y ocuparon mucha de su correspondencia siendo director de

⁴⁶ Para observar la novedad que representaba un intento objetivo del problema del mestizaje –un tema realmente maltratado en Colombia entre 1920 y 1940- cf. Magnus Mörner, *El mestizaje en la historia de Iberoamérica*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961. La misma originalidad en el tratamiento de las sociedades indígenas y la demografía indígena –y esto a pesar de la discusión posterior que se ha hecho de las cifras de población indígena aportadas por Jaramillo Uribe-, en donde destaca su tratamiento de las sociedades indígenas como sociedades inscritas en el conjunto de la dinámica social y no como grupos aislados y separados, tal como se hace en la actualidad, bajo el rubro de “etnicidades”.

⁴⁷ Cf. G. Colmenares, *Cali. Terratenientes, Mineros y Comerciantes. Siglo XVIII*. – “Introducción”-. Cali: Universidad del Valle, 1976.

la Sección de Historia como en su puesto de decano de la Facultad, podemos contentarnos citando –por su importancia y por la escasa mención que de esta iniciativa se ha hecho– un texto de 1961, que parece ser una de las primeras menciones que se hacen de esta propuesta. Se trata del Acuerdo No 1 del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras por el cual se crea el Instituto de Investigaciones Históricas Restrepo-Groot que tendrá como finalidad “la investigación de la cultura colombiana, la publicación de documentos históricos y la edición y reedición de obras clásicas de la historiografía colombiana”, acuerdo que debería haber regido desde 1962.⁴⁸

Como la iniciativa no se pudo concretar, a finales de 1964 Jaramillo Uribe volvió sobre el tema en carta para José Félix Patiño, Rector de la Universidad, recordando que la propuesta había sido incluida por la Rectoría en el Plan de Desarrollo de 1962 (Plan para 1963-1967), pero que en los años pasados había faltado convicción “con respecto a la importancia de la investigación en la Universidad, o al menos de la importancia de la investigación histórica” y entonces la propuesta fue aplazada alegando razones fiscales.

Para Jaramillo Uribe la necesidad de la investigación histórica no requiere de mayores justificaciones, ya que se sabe que “nuestra historia, especialmente la social, económica, cultural e institucional está en gran parte por hacerse, a pesar de las contribuciones hechas por investigadores particulares y por instituciones como la Academia de Historia”. Jaramillo Uribe piensa que la tarea de escritura de la historia nacional no puede hacerse más que a través de “investigadores profesionales, con adecuada formación científica y dedicados por entero a ella” y piensa, más en general –y en una dirección que más de treinta años después aun reclamamos– que “ha llegado el momento de que la Universidad dedique una parte de sus recursos a la investigación”, tarea que, por lo menos en el caso de la historia, no se puede adelantar más que a través de un instituto separado de las tradicionales facultades, no porque se trate de separar docencia e investigación⁴⁹, sino solamente porque algunos recursos “serán

⁴⁸ Cf. Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Acuerdo No 1 de diciembre 19 de 1961. En otra carta de diciembre 19 de 1964 para el Rector José Félix Patiño, Jaramillo Uribe explicará la razón del nombre que debería llevar el Instituto: “Hemos querido denominar el Instituto Restrepo-Groot, para honrar la memoria de los dos primeros historiadores que tuvo la República, dos figuras que representan en el campo de la historia lo que en el humanismo y la filología representan Caro y Cuervo”. Restrepo y Groot, los autores de dos obras “que son sin disputa las obras históricas generales de mayor importancia que se escribieron entre nosotros en el siglo XIX y que por muchos aspectos aun no han sido superadas”.

⁴⁹ “Sin detrimento de que la investigación se realice por todos los profesores, particularmente por los de tiempo completo y dedicación exclusiva, tal como lo exigen los reglamentos de la Universidad, considero que hay zonas en las cuales se requiere una investigación más extensa y continuada si se quieren frutos de consideración. Una de esas zonas es la historia social y cultural del país”. Cf. Informe de J. Jaramillo Uribe del 24 de marzo de 1965 para José Félix Patiño, Rector de la Universidad Nacional.

dedicados especialmente a la investigación y algunas personas tendrán un especial régimen de trabajo para realizarlas”.⁵⁰

Jaramillo Uribe propone al Rector lo que él llama un plan de acción, que llama modesto, que consiste simplemente en partir de la ya creada Sección de Historia, pues “entre sus egresados es posible encontrar las tres o cuatro personas que en un comienzo recibirán becas de investigación que les permitirían simultáneamente mejorar su formación científica e iniciarse en la investigación propiamente dicha”, por fuera de que existen ya algunos investigadores experimentados, como lo prueba el ACHSC.

Como se sabe, la iniciativa no prosperó y Jaramillo Uribe debió contentarse con lo que hasta ese momento se había conseguido: la formación de un grupo reducido pero notable de discípulos, la creación de la Sección de Historia –tiempo después Departamento de Historia-, la aprobación de un Plan de estudios moderno centrado en la historia pero apoyado en las ciencias sociales, el reconocimiento logrado por la investigación histórica y la enseñanza de la historia, y la continuidad de una revista, el ACHSC, desde entonces una publicación emblemática de la investigación histórica nacional. Apoyado en un contexto institucional que mostraba algunas condiciones favorables, haciendo uso de su experiencia de historiador formado en culturas académicas de tanto vuelo como la francesa y la alemana, habiendo creado y constantemente ampliado –a partir en buena medida del ACHSC- una red de relaciones personales e intercambios institucionales que fueron esenciales para las nuevas generaciones de historiadores, Jaramillo Uribe se había convertido él mismo en el punto de referencia de la investigación histórica en el país, a la cual había dotado de un contexto por entero nuevo.⁵¹

⁵⁰ Idem.

⁵¹ De manera curiosa –¿o reveladora?– frente a la actitud ponderada de Jaime Jaramillo Uribe y de casi todos sus discípulos frente al “establecimiento histórico” –que sigue siendo la Academia Colombiana de Historia-, la actitud de la Academia siempre ha sido de rechazo (aunque de manera individual se interese mucho por la captación de “nuevos historiadores”) respecto de una forma alternativa de hacer historia, frente a la cual no tiene nada que oponer. El último balance oficial que la Academia de Historia ha hecho de esa aventura intelectual que, con todos sus efectos, constituyó el más valioso intento realizado en el siglo XX por colocar una ciencia social particular a la altura de lo que normalmente se hace en otras sociedades de alta cultura científica, es el siguiente: Roberto Velandia, una de las actuales voces oficiales de la Academia, después de declarar que “el siglo XX es el siglo de la historiografía colombiana” –representada por la Academia-, agrega: “Desde luego que tampoco vamos a desconocer a otros historiadores, independientes, militantes de otras doctrinas, enfilados en campamento aparte, que le han dado a la historia colombiana una interpretación materialista, argumentada más en la prevalencia de factores económicos y encarnada más en la colectividad que en los individuos, quienes han querido despojarla de lo más bello que tiene nuestra historia: idealismo, heroísmo, sentimiento de patria y de nacionalidad. De ello son representativos Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Alvaro Tirado Mejía, Rafael Gutiérrez Girardot, Hermes Tovar”. Cf. Roberto Velandia, *Un siglo de historiografía colombiana*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2001.

V.

Mirados en su conjunto los cinco primeros números del ACHSC es claro que su publicación representó un inmenso esfuerzo de la Universidad Nacional. En primer lugar del profesor Jaime Jaramillo Uribe, pero no menos de Jorge Orlando Melo, monitor desde 1962 y de manera práctica el asistente de redacción de la revista, y de otros estudiantes de la Sección y, luego, del Departamento de Historia, lo mismo que de un grupo de funcionarios y empleados de la Universidad que se ocuparon de tareas que hoy nos resultan difíciles de identificar, pero que son esenciales para la publicación de una revista.

Publicados los cinco primeros números, el ACHSC había publicado 20 artículos (*grosso modo* 8 de historia social, 2 de historia económica y social, 4 de demografía histórica y seis de historia cultural). De esos 20 artículos, 12 habían sido escritos por historiadores nacionales y 8 por extranjeros. A estos 20 artículos se agregaba la publicación de 24 extensos documentos transcritos en su mayoría a partir de originales del Archivo Histórico Nacional, de 70 cortas reseñas de libros colombianos de historia nacional de reciente publicación—casi todas reseñas de Jorge Orlando Melo—, 2 trabajos de recopilación bibliográfica y dos textos de “Varia” (un inventario de archivos locales de varios departamentos del país, y unos “Apuntes” sobre el proceso de microfilmación de documentos). En resumen una labor de gran importancia, sin detenernos por ahora en la calidad de los textos, que por lo general fue muy elevada.

La preparación del primer número del ACHSC debió llevar bastantes meses, pues, por lo menos en el caso del historiador español Demetrio Ramos, uno de los articulistas comprometidos, en octubre de 1962, ya se había recibido su texto, y la Universidad buscaba la manera de hacerle llegar a Barcelona los honorarios respectivos, ya que la “dirección” del ACHSC había tomado la decisión de pagar las colaboraciones.⁵² Las decisiones sobre taller de impresión—que cambiarán en los próximos años—también fueron tomadas con varios meses de anterioridad, pues la correspondencia en torno a la revista indica que desde finales de septiembre de 1964 se habían realizado cotizaciones con varios talleres de impresión, entre ellos Antares, para la publicación de 1000 ejemplares; y el primer número fue lanzado sin grandes “festejos”, pero, conciente de la importancia de la publicación que aparecía. Jaramillo Uribe

⁵² Cf. Cartade 23 de octubre de 1962 del Secretario de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional para Demetrio Ramos en Barcelona. Pero desde luego hubo artículos que tardaron en llegar, como el de Magnus Mörner, recibido a última hora cuando, ya la revista estaba en la imprenta, y cuando había dificultades económicas para pagar la páginas suplementarias que su inclusión significaba. Cf. al respecto Carta sin fecha—es una respuesta a una carta de Mörner del 25 de mayo de 1963, con la que enviaba su artículo—del Secretario de la Facultad de Filosofía. Se le informa que se le enviarán a California sus honorarios y se le remitirán 75 separatas y 25 ejemplares.

se cuidó de hacer llegar la noticia al *Boletín de la Universidad*, una pequeña publicación que daba cuenta de los sucesos culturales de la Universidad, y se adoptó la medida de un precio preferencial para los estudiantes de la Universidad (3 pesos), precio sensiblemente más bajo que el de librería (10 pesos).

Hablando acerca de la distribución del ACHSC Jorge Orlando Melo, su Secretario de Redacción escribió:

No era una revista que buscara lectores, y su carácter ladrillado, su hirsuta renuncia a atraer al lector, eran muy coherentes con la estrategia pedagógica de Jaramillo, que nunca fue paternalista, complaciente o seductora: había que formar a la gente en la disciplina de la lectura del documento, en la invitación al trabajo de archivo, en el esfuerzo de la interpretación, en el rigor de la expresión.⁵³

Observación precisa como descripción de lo que J. O. Melo llama la “estrategia pedagógica de Jaramillo”, pero un poco menos cierta en lo que tiene que ver con la importancia que Jaramillo Uribe le otorgaba a la distribución del ACHSC. En primer lugar porque la preferencia de Jaramillo parece haber estado durante mucho tiempo colocada en las universidades extranjeras y en los académicos extranjeros, como pares con los que podía dialogar, como forma de organizar contactos para la Universidad y la Facultad, y como manera de garantizar una renovación permanente de la biblioteca de la Universidad, metas todas cumplidas por el ACHSC. Como lo indica la correspondencia de la revista, que en este punto es abundante, el ACHSC llegaba a México y otros países de la región, a más de una treintena de importantes universidades norteamericanas, a por los menos cinco instituciones de investigación y enseñanza de historia de España, a Francia –entre otros lugares a la Escuela Práctica de Altos Estudios, como ya lo señalamos-, Inglaterra y Suecia, y a más de cinco universidades de la antigua Unión Soviética, y por lo menos a una Universidad de la China Popular.⁵⁴ De hecho la distribución internacional era tan grande que con motivo de la

⁵³ J. O. Melo,

⁵⁴ Este punto del canje –hacia 1965 el ACHSC sirve para el canje con más de un centenar de publicaciones de diversos lugares del mundo, como lo indica Jaramillo Uribe en sus informes al Rector José Félix Patiño- es muy conocido por J. O. Melo: “El Anuario es una creación muy personal de Jaramillo. No tenía Comité Editorial. Jaramillo buscaba y conseguía los artículos y yo me encargaba de hacer reseñas y minireseñas (a veces docenas por número), de hacer corrección de estilo y de manejar un canje muy grande. Jaramillo mantenía contacto personal con mucha gente de toda América, casi toda vinculada al Colegio de México, al Fondo [de Cultura Económica] y a su colección Tierra Firme. [El ACHSC] reflejaba bien lo que quería [Jaramillo]: historia social, historia de la cultura. No estaba muy atraído por lo dominante en historia económica (la línea cuantitativa o el marxismo en sentido estricto) y poco por la historia política. Yo lo ayude en los primeros tres o cuatro números”. J. O. Melo, Comunicación personal. –El resaltado es mío.

aparición del primer número se escucharon algunas quejas de la administración por los excesivos gastos de correo.⁵⁵

En segundo lugar, es cierto que a Jaramillo Uribe no parece haberle interesado mucho una difusión muy amplia en el país del ACHSC, más allá de sus lectores universitarios, y en primer lugar de sus estudiantes en la Universidad Nacional. Pero aun ahí hay algunos matices que introducir. De hecho el primer número se distribuyó en librería, y a partir de ahí su distribución mejoró levemente, como lo indica la correspondencia, sin haber llegado a ser nunca una revista de “amplia difusión”. Pero era lo normal: en el plano interno eran muy pocos los lectores que a principios de los años sesenta podrían interesarse por una publicación de esta naturaleza.

El ACHSC tenía como su punto central de venta la Librería de la Academia Colombiana de Historia, con cuyo administrador Jaramillo había llegado a un acuerdo que le permitía dejar cien ejemplares en consignación, ejemplares que, con la demora explicable, terminaron por ser vendidos en una buena cantidad (cerca de sesenta), según informaba el Secretario de la Facultad en mayo de 1965.⁵⁶ Sin embargo, en 1967, había ampliado sus “puntos de venta”, pues el ACHSC se conseguía no sólo en la Librería de la Academia de Historia, sino en Tercer Mundo (50 ejemplares), Librería Buchholz (10 ejemplares) y Central (10 ejemplares), mientras que casi 500 servían para el canje.

Después de la partida de don Jaime Jaramillo Uribe y de Jorge Orlando Melo –Germán Colmenares sólo participó marginalmente en el ACHSC- de la Universidad Nacional, en medio de grandes dificultades políticas⁵⁷ y económicas⁵⁸, el

⁵⁵ Cf. Carta de 29 de noviembre de 1963 de Cayetano Betancurt, decano de la Facultad de Filosofía, para el Procurador síndico de la Universidad Nacional.

⁵⁶ Cf. Carta de 20 de marzo de 1965 del Secretario de la Facultad de Filosofía para el Pagador General de la Universidad Nacional, informando del cheque enviado por la Librería de la Academia Colombiana de Historia. Ideas y Valores, la revista del Departamento de Filosofía, parecía tener más experiencia en este terreno de la distribución, pues, en 1962, colocaba ejemplares en las librerías Aguirre y Universal de Medellín, en la Atalaya de Manizales y en la Félix Martínez de Ibagué, entre otras, por fuera de las que distribuía en las principales librerías de Bogotá.

⁵⁷ Los propios historiadores extranjeros fueron sensibles a las dificultades políticas de la Universidad Nacional, pues comprendían que la agitación política terminaría restándole terreno a la actividad académica y a empresas como las del ACHSC. Así por ejemplo Gary Graff, quien escribía a Jaramillo Uribe: “Le saludo muy atentamente esperando que... le vaya bien. Lamento mucho las noticias sobre la situación grave en la Universidad Nacional este año pasado... [Esperemos] que se resuelva sin graves daños a la facultades de la Universidad”. Carta de diciembre 23 de 1971 de Gary Graff para Jaime Jaramillo Uribe, director de Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura.

⁵⁸ El *Anuario*, nunca ha sido, ni antes ni ahora, una revista “adinerada”. La correspondencia acerca de trámites para poder pagar los artículos, en la época de Jaramillo Uribe, es realmente voluminosa. Es abundante igualmente la correspondencia de los años setenta en que el nuevo director, Hermes Tovar, realiza esfuerzos para sostener la revista y ampliar su circulación. Para los años ochenta es memorable la campaña de Bernardo Tovar y sus

ACHSC ha continuado su marcha, a veces renqueante, a veces indecisa, a veces tomando otras direcciones –lo cual es normal– de aquellas que Jaramillo Uribe le había fijado⁵⁹. Pero en todo caso, a finales de los años 60 ya un primer proceso de formación de discípulos se había completado⁶⁰, y la influencia de estos se irradiaba ahora sobre otras universidades del país.⁶¹ Y en cuanto al ACHSC, un balance realizado de la publicación, hacia 1965, por el propio Jaramillo Uribe, recuerda la magnitud de la tarea emprendida y el carácter ejemplar de los resultados. En un Informe que ya hemos citado, escrito por Jaramillo Uribe como decano, para el Rector de la Universidad José Félix Patiño, el historiador escribía con relación al ACHSC:

... se inició el año pasado [recordemos que el Informe corresponde a 1964]. Se trata de una publicación destinada a recoger investigaciones sobre historia social y cultural de Colombia, quizá la única que se edita en el país sobre estos temas con el nivel científico que presenta el primer volumen y que presentará el segundo que saldrá en el curso de dos semanas. Las opiniones nacionales y extranjeras que hemos recibido sobre el Anuario, son francamente estimulantes y comprometen el esfuerzo de la Facultad para continuar. Publicaciones de esta índole, en las cuales cada volumen representa un verdadero enriquecimiento de la cultura nacional, y un verdadero instrumento de trabajo para profesores y estudiantes, deberían estimularse en todos los frentes y recibir todo el apoyo de la Universidad.⁶²

compañeros del Departamento de Historia para sacar adelante el número 11 del ACHSC, aunque debieron aceptar que la revista incluyera avisos publicitarios –aunque se buscó que tales pautas fueran “de carácter estrictamente cultural”.

⁵⁹ Particularmente los años setenta verán acentuarse la separación entre historia social y económica. Cf. en particular para observar ese tipo de desarrollo unilateral Hermes Tovar Pinzón, “Criterios y objetivos de la enseñanza de la historia de Colombia y América”, en *Mundo Universitario*, No 8, julio-septiembre, 1974.

⁶⁰ El complejo problemas de las relaciones intelectuales entre Jaramillo Uribe y sus primeros discípulos es indicado de manera aguda por J. O. Melo. Por ejemplo: “... las divergencias entre los discípulos y el maestro fueron tempranas y substanciales. Un ejemplo es el tema de la población indígena en el momento de la conquista, que para Jaramillo no llegaba al millón de habitantes. Friede, Colmenares, Tovar y Melo se inclinaron por cifras absolutamente mayores”. Cf. J. O. Melo, *Medio siglo de Historia colombiana*, op. cit., p. 14, Nota 8.

⁶¹ No sólo sobre otras universidades del país. Se intentó también por parte de Jaramillo Uribe y J. O. Melo influir sobre la educación secundaria y sobre los maestros. Cf. J. Jaramillo Uribe y J. O. Melo, “Claves para la enseñanza de la historia [197?]”, en *Revista Colombiana de Educación*, No 35, segundo semestre, 1997.

⁶² Informe de marzo 24 de 1965 de Jaime Jaramillo Uribe para José Félix Patiño, Rector de la Universidad Nacional.